

*Vivir y servir como ministros del nuevo pacto
equivale a hacerlo todo para la gloria de Dios,
a fin de que Cristo sea exaltado*

Vivir y servir como ministros del nuevo pacto equivale a hacerlo todo para la gloria de Dios, a fin de que Cristo sea exaltado (Ro. 11:36; 1 Co. 10:31; Fil. 1:20; 2 Co. 4:5).

**La impartición del Dios Triuno
como vida en conformidad con Su justicia,
mediante Su santidad y para Su gloria,
tiene como fin que nosotros lleguemos a ser
la Nueva Jerusalén, poseyendo a Cristo
como nuestro inmovible cimiento de justicia,
como nuestro puro elemento constitutivo de santidad
y como nuestra expresión radiante de gloria**

La impartición del Dios Triuno como vida en conformidad con Su justicia, mediante Su santidad y para Su gloria, tiene como fin que nosotros lleguemos a ser la Nueva Jerusalén, poseyendo a Cristo como nuestro inmovible cimiento de justicia, como nuestro puro elemento constitutivo de santidad y como nuestra expresión radiante de gloria (Ap. 21:2, 9-11).

**De este modo, el Espíritu,
como el Dios procesado y consumado, y la novia,
como la iglesia procesada y consumada,
se unirán para ser una pareja amorosa,
una sola entidad en vida, por la eternidad**

De este modo, el Espíritu, como el Dios procesado y consumado, y la novia, como la iglesia procesada y consumada, se unirán para ser una pareja amorosa, una sola entidad en vida, por la eternidad (22:17a; cfr. 1 Co. 6:17). ¡Alabado sea el Señor! Ésta es la maravillosa impartición del Dios Triuno como vida en el hombre tripartito en conformidad con Su justicia, mediante Su santidad y para Su gloria.—E. M.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS

Hijos de Dios, hijos maduros de Dios y herederos de Dios (Mensaje 9)

Lectura bíblica: Ro. 8:14, 16-17, 21, 23

- I. Ser hijos de Dios es la relación inicial o fundamental que tenemos con Dios; necesitamos crecer hasta ser hijos maduros de Dios, y luego necesitamos continuar creciendo hasta alcanzar la plena madurez, a fin de llegar a ser herederos de Dios—Ro. 8:14, 16-17, 23.
- II. “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”—v. 16:
 - A. Nosotros, como creyentes de Cristo el Hijo de Dios, nacimos de Dios el Padre, la fuente de vida, para ser hijos de Dios que poseen Su vida y Su naturaleza—Jn. 1:12-13; 3:15; 2 P. 1:4.
 - B. Lo más maravilloso de todo el universo es que los seres humanos puedan ser engendrados por Dios y que los pecadores puedan ser hechos hijos de Dios—1 Jn. 2:29—3:1; Ro. 5:19; 8:16, 21, 23.
 - C. El Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que nosotros, quienes anteriormente éramos hijos del diablo, ahora somos hijos de Dios—Jn. 8:44; 1 Jn. 3:1-2, 10; Ro. 8:16:
 1. Incluso cuando somos débiles o nos hemos degradado, seguimos teniendo la profunda convicción de que somos hijos de Dios, puesto que una vez que nacemos de Dios tenemos vida eterna y somos Sus hijos para siempre—Jn. 1:12-13; 3:6, 15; 10:28-29.
 2. El Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu; los dos espíritus son uno y testifican juntamente de que somos hijos de Dios—Ro. 8:16:
 - a. Tal testimonio nos declara y nos asegura que somos hijos de Dios, que poseemos Su vida—1 Jn. 3:1-2.
 - b. El Espíritu da testimonio de la relación más básica y fundamental que tenemos con Dios, a saber, que

somos Sus hijos, no da testimonio de que somos Sus hijos maduros ni Sus herederos; por lo tanto, el testimonio del Espíritu comienza en el momento de nuestro nacimiento espiritual, nuestra regeneración—Jn. 1:12-13; 3:3, 5-6; Ro. 8:16.

- D. Nosotros, como hijos de Dios que poseen la vida y la naturaleza de Dios, podemos vivir a Dios, ser iguales a Dios en vida, en naturaleza y en expresión, y andar como es digno de Dios; de este modo, se cumple el propósito por el cual Dios creó al hombre—Ef. 5:1-2, 8; Mt. 5:48; 1 Ts. 2:12; Gn. 1:26.
- E. Los hijos de Dios fueron regenerados por Dios el Espíritu para ser Dios-hombres que pertenecen a la especie de Dios, los cuales pueden ver el reino de Dios y entrar en él—Jn. 3:3, 5-6:
 - 1. Dios tiene un beneplácito, el cual consiste en hacernos a nosotros, Sus hijos, iguales a Él en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad—Ef. 1:5, 9; 5:1-2, 8; 1 Jn. 1:5; 4:8, 16.
 - 2. Debido a que nacimos de Dios, somos iguales a Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad—Ro. 8:2, 10, 16; 2 P. 1:4.
 - 3. Como hijos de Dios, somos Dios-hombres, pertenecemos a la especie de Dios y estamos en el reino de Dios, el ámbito de la especie divina—Jn. 1:12-13; 3:3, 5:
 - a. Nuestro segundo nacimiento nos permitió entrar en el reino de Dios para que llegásemos a ser de la especie de Dios—vs. 3, 5-6.
 - b. Ahora nosotros, como hijos de Dios que poseen la vida y la naturaleza de Dios, somos Dios-hombres en el reino de Dios—vs. 3, 5; Ro. 8:16; 14:17.
- III. “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”—8:14:
 - A. El propósito eterno de Dios es obtener muchos hijos maduros que sean Su expresión corporativa; la Nueva Jerusalén es el conjunto de la filiación divina que expresará al Dios Triuno de manera corporativa por la eternidad—Ef. 1:5; Ro. 8:14; Gá. 3:26; 4:7; Ap. 21:7:
 - 1. En conformidad con la revelación de todo el Nuevo Testamento, la economía de Dios tiene como objetivo producir hijos maduros, al impartirse a Sí mismo, en Su Trinidad Divina, en Su pueblo escogido y redimido; la

redención de Cristo nos introduce en la filiación de Dios—Ef. 1:5, 7, 10; 3:9; Ro. 8:11, 14.

- 2. La economía de Dios consiste en hacernos hijos de Dios, que heredan la bendición de la promesa de Dios, la cual fue dada para el cumplimiento de Su propósito eterno de obtener hijos maduros con miras a Su expresión corporativa—He. 2:10; Ro. 8:29.
- B. El pensamiento central del libro de Romanos es que Dios en Su salvación está haciendo de los pecadores Sus hijos maduros que poseen Su vida y naturaleza, a fin de que sean los constituyentes del Cuerpo de Cristo para Su expresión corporativa—3:23; 8:14, 29; 12:4-5.
- C. Nosotros, los creyentes de Cristo, somos primeramente hijos de Dios, y luego, poco a poco, crecemos hasta ser hijos maduros de Dios—Gá. 3:26; 4:6:
 - 1. Los hijos maduros son los hijos de Dios que están en la etapa de la transformación de sus almas—Ro. 8:14; 12:2.
 - 2. Los hijos maduros de Dios no sólo han sido regenerados en su espíritu y están creciendo en la vida divina, sino que también viven y andan guiados por el Espíritu—8:14.
- D. Los hijos de Dios han recibido el espíritu filial junto con la filiación; es decir, ellos poseen la vida, la posición, el derecho, el privilegio y las bendiciones propias de un hijo—v. 15; Gá. 4:5-6.
- E. Todos los hijos de Dios serán introducidos en la gloria; éste es nuestro destino—He. 2:10; Ro. 8:21:
 - 1. La glorificación es la etapa de la salvación completa que Dios efectúa en el cual Él saturará totalmente nuestro cuerpo con la gloria de Su vida y naturaleza, conforme al principio de que Él regenere nuestro espíritu por medio del Espíritu—vs. 21, 23, 30.
 - 2. Ésta es la última etapa de la salvación completa de Dios, en el cual Dios obtiene una expresión completa, la cual se manifestará finalmente en la Nueva Jerusalén en la era venidera—Ap. 21:2, 7, 10-11.
- IV. “Si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo”—Ro. 8:17; Gá. 3:29; 4:7; Tit. 3:7; Ef. 1:11, 13-14, 18; 1 P. 1:3-4:
 - A. Cristo es el Heredero de todo, y nosotros, los hijos de Dios,

estamos destinados a ser coherederos con Cristo, pues somos herederos con Él, quienes heredarán a Dios en Su gloria como nuestra herencia—He. 1:2; Ro. 8:17; Hch. 26:18:

1. Cristo, el Heredero designado, heredará todas las cosas de la economía de Dios: la tierra, el reino y el trono; todo lo que Dios es y tiene es para la posesión de Cristo—He. 1:2; Sal. 2:8; Dn. 7:13-14; Lc. 1:32; Mt. 11:27; Jn. 16:15.
 2. Cristo, el Hijo primogénito de Dios, es el Heredero que Dios designó, y nosotros, los muchos hijos de Dios, fuimos salvos para ser coherederos con Cristo—Ro. 8:17.
- B. Un heredero es un hijo mayor de edad según la ley (Pablo usó la ley romana como ejemplo) calificado para heredar las propiedades del padre—Gá. 4:7:
1. A fin de llegar a ser herederos de Dios y coherederos con Cristo, necesitamos crecer en vida hasta la madurez—v. 7; He. 5:14—6:1; 2 P. 1:5-7.
 2. Los herederos de Dios son los hijos de Dios que han alcanzado la plena madurez en cada parte de su ser y, por tanto, como herederos legítimos, están calificados para reclamar la herencia divina—Ro. 8:17, 21, 23.
- C. Llegamos a ser herederos de Dios por medio del Dios Triuno: el Padre, que envió al Hijo y al Espíritu; el Hijo, que realizó la redención para hacernos hijos; y el Espíritu, que lleva a cabo la filiación dentro de nosotros—Gá. 4:4-7.
- D. La condición necesaria para ser herederos es que crezcamos en vida para llegar a ser hijos maduros, y luego debemos pasar por el sufrimiento para ser glorificados y llegar a ser herederos legítimos—Ro. 8:17:
1. El crecimiento genuino en la vida divina exige que suframos—1 P. 2:19-21; 3:14, 18; 4:1, 12-13, 19; 5:1, 9; 2 P. 1:5-7.
 2. Cuanto más padezcamos juntamente con Cristo, más creceremos y más rápido maduraremos para ser coherederos con Cristo—Ro. 8:17.

MENSAJE NUEVE

HIJOS DE DIOS, HIJOS MADUROS DE DIOS Y HEREDEROS DE DIOS

Este mensaje abarca tres puntos cruciales: hijos de Dios, hijos maduros de Dios y herederos de Dios. Podemos emplear la palabra *filiación* para englobar estos tres puntos. La filiación es un asunto de suma importancia. La economía de Dios puede describirse con exactitud como la “economía de la filiación”. Si queremos saber lo que es la economía de Dios, tenemos que conocer y comprender el asunto de la filiación en el Nuevo Testamento.

Efesios 1:4-5 dice: “Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad”. Fuimos predestinados por el Padre para filiación antes de la fundación del mundo. En muchas traducciones de la Biblia, incluyendo la versión *King James* en inglés, la palabra *filiación* se traduce como “adopción”. Uno de los himnos del hermano Lee (*Himnos*, #313), incluido bajo el título “Varios aspectos de la vida interior” y el subtítulo “La adopción” emplea la palabra *adopción*. Sin embargo, aquí el hermano Lee no emplea esta palabra en el sentido objetivo, como lo hace la teología Reformada. El entendimiento que existe en la teología Reformada es que los pecadores son justificados e identificados con Cristo y por medio de este proceso son aceptados en la familia de Dios mediante la adopción. Esta manera de pensar, sin duda, no es lo que el hermano Lee quiere decir en el himno #313. Sin embargo, la noción de que somos los hijos adoptados de Dios prevalece en el cristianismo porque la palabra *adopción* se halla en muchas traducciones de la Biblia.

Por supuesto, debido a que somos unos pecadores terribles, aun el pensar en ser adoptados por Dios es maravilloso. Por consiguiente, es fácil comprender el aprecio que sienten muchos cristianos cuando consideran tal bendición. Sin embargo, no se dan cuenta de que una relación así con Dios es meramente un concepto natural humano y que

el beneplácito de Dios va aún más allá de la idea de una mera adopción. Dios no quiere hijos adoptados. Dios quiere hijos verdaderos, hijos en vida. Dios quiere hijos de Su especie, Su propia descendencia nacida de Su propia vida.

El Padre nos predestinó para filiación, es decir, Él nos predestinó con miras a la filiación. Podríamos decir que en la eternidad pasada Dios tuvo un buen placer en Su corazón, un deseo de tener muchos hijos que le expresaran. En Apocalipsis 21:7 dice: “El que venza heredará estas cosas, y Yo seré su Dios, y él será Mi hijo”. Los vencedores heredarán todas las bendiciones divinas del Dios Triuno. El versículo 7 se refiere a que “él será Mi [de Dios] hijo”, mientras que el versículo 3 se refiere a que “ellos serán Sus [de Dios] pueblos”. La nota 2 del versículo 7 dice:

Los pueblos mencionados en el versículo 3 serán las naciones del versículo 24. En el cielo nuevo y en la tierra nueva, ellos serán el pueblo de Dios y no Sus hijos. Vivirán en la tierra nueva, fuera de la Nueva Jerusalén, y disfrutarán las bendiciones comunes en el cielo nuevo y la tierra nueva. (Véase la nota 1 del v. 24). En este versículo la palabra *hijo* no se refiere al pueblo de Dios, sino a los santos que Dios ha redimido a lo largo de todas las generaciones. Los hijos de Dios morarán en la Nueva Jerusalén, participarán de todo su deleite, servirán a Dios y al Cordero, y reinarán por la eternidad (22:3-5).

En el cielo nuevo y la tierra nueva habrá mucha gente en la tierra que serán los pueblos de Dios, pero éstos serán las naciones que están fuera de la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén en sí, sin embargo, estará constituida de los propios hijos de Dios. La Nueva Jerusalén será la manifestación máxima de la filiación divina, la filiación consumada.

Desde la predestinación del Padre en la eternidad pasada hasta el cielo nuevo y la tierra nueva en la eternidad futura está presente este asunto de la filiación. Los cristianos dicen: “Somos hijos de Dios” o “Somos hijos maduros de Dios”, pero en general, carecen de este grado de comprensión según la revelación de la santa Palabra. Debido a que carecen de esta visión, su vida, vivir, propósito y meta son muy bajos; su meta es meramente ir al cielo. La vida cristiana no se trata de ir al cielo; se trata de llegar a ser hijos maduros de Dios. Dios quiere hijos maduros.

El diccionario en inglés *Webster's Unabridged Dictionary* define

filiación como “la condición de ser un hijo”. En nuestro entendimiento, sin embargo, la filiación es la meta de la maravillosa economía de Dios; éste es el deseo del corazón de Dios. Hay dos aspectos relacionados con el asunto de la filiación: vida y posición. Cuando consideramos la filiación a partir del aspecto de la vida, hablamos de recibir y participar de la naturaleza y características de Dios. En el libro *Encarnación, inclusión e intensificación* el hermano Lee habla del derecho divino que tenemos como Dios-hombres de participar de la vida de Dios, la naturaleza de Dios, la mente de Dios, el ser de Dios, la imagen de Dios, la gloria de Dios, la filiación de Dios y la manifestación de Dios. También llevamos la semejanza de Dios y somos de la especie de Dios (pág. 39). Seremos Dios en todo lo que hemos mencionado mas no en la Deidad. Éstos son nuestros derechos. Todas estas cosas están relacionadas con el hecho de ser hijos de Dios en vida.

Como hijos de Dios en vida, recibimos una nueva posición. Esta posición incluye también ciertos derechos. La justificación de Dios tiene como meta la filiación. En Efesios 1 dice primero que fuimos predestinados para filiación (v. 5); luego dice: “en quien tenemos redención por Su sangre” (v. 7). La filiación es la meta; el propósito de la redención, la cual resulta en la justificación, es darnos la posición, darnos el derecho para que disfrutemos la filiación para la cual hemos sido predestinados. La filiación es un privilegio. Tener el derecho de participar en la divinidad de Dios es el máximo privilegio. No debiéramos desear nada más. En *Encarnación, inclusión e intensificación*, el hermano Lee dice:

Podemos tener la vida de Dios, la naturaleza de Dios, la mente de Dios, el ser de Dios, la imagen de Dios y la gloria de Dios porque somos los hijos de Dios. Del mismo modo que un hijo humano tiene la vida, naturaleza, mente, ser e imagen de su padre humano, asimismo los hijos de Dios tienen la vida, la naturaleza, la mente, el ser y la imagen de su Padre divino. Además, del mismo modo que un hijo humano tiene parte en la gloria o el prestigio de su padre humano, los hijos de Dios tienen parte en la gloria de su Padre divino. (pág. 43)

Tenemos cierto prestigio por ser hijos de Dios. Somos personas prestigiosas. Nuestra filiación también nos proporciona una herencia que es el propio Dios Triuno. Juntamente con la posición de hijos de Dios está la herencia, la cual contiene todas las bendiciones divinas y eternas.

El pensamiento central del libro de Romanos consiste en que Dios, en Su salvación, hace de pecadores Sus hijos con Su vida y naturaleza para que lleguen a ser los constituyentes del Cuerpo de Cristo para Su expresión corporativa. Esto aplica a los tres puntos principales de este mensaje. La filiación es el proceso progresivo en el cual somos hechos hijos, luego venimos a ser hijos maduros, hasta llegar a ser herederos. Éste también es el proceso de nuestra salvación orgánica. Dios efectúa la salvación orgánica para hacernos hijos de Dios en plenitud porque sólo los hijos pueden ser los constituyentes del Cuerpo de Cristo. Es cierto que desde el momento que fuimos salvos somos miembros del Cuerpo, pero somos miembros inmaduros sin crecimiento alguno. Es maravilloso ser miembros, pero sin crecimiento el Cuerpo no es capaz de expresar mucho a Dios. Por lo tanto, como hijos tenemos que crecer hasta llegar a ser hijos maduros y luego, como hijos maduros, madurar aún más hasta llegar a ser herederos para que así el Cuerpo de Cristo pueda llegar “a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13) para corresponder a Cristo como Cabeza. Los muchos hijos engendrados por Dios necesitan llegar a ser iguales al Hijo primogénito para que juntos, de manera en que sean edificados juntamente, correspondan a Cristo. Ésa será la realización y manifestación plenas del nuevo hombre en el universo.

Todos los constituyentes del Cuerpo son hijos maduros de Dios. La filiación es el punto central de la economía de Dios, el punto central de la impartición de Dios, puesto que Dios se imparte en Su pueblo escogido para hacerlos Sus hijos. El objetivo de la redención de Cristo es introducirnos en la filiación de Dios a fin de que disfrutemos y crezcamos en la vida divina.

La filiación no es un estado o condición, sino un proceso. Específicamente, la filiación es un proceso de crecimiento de tres etapas: la etapa de ser hijos de Dios, la etapa de ser hijos maduros de Dios y la etapa de ser herederos de Dios. La primera etapa es la filiación inicial, la segunda etapa es la continuación de la filiación y la tercera etapa es la plena filiación. La máxima filiación, la totalidad de la filiación, será la Nueva Jerusalén.

¡Alabado sea el Señor! Aun antes de que existiésemos, fuimos escogidos y predestinados para ser hijos de Dios. Esto es mucho mejor que cualquier bendición material. No alcanzamos a comprender por qué Dios nos escogió, pero hemos sido escogidos para ser hijos de Dios. Somos

los hijos de Dios. Dios es nuestro Padre. Dios es nuestro verdadero “papá”. Por lo tanto, clamamos: “¡Abba, Padre!”.

Es difícil hablar de la filiación sin hacer mención de Romanos 8:15 y Gálatas 4:6. Ambos son versículos análogos. No vamos a explicar a profundidad estos versículos aquí, sino tan sólo indicar que en cada caso, ya sea que clamemos nosotros o que clame el Espíritu del Hijo, ambos claman: “¡Abba, Padre!”. La nota 4 de Gálatas 4:6 dice:

Abba es una palabra aramea, y *Padre* es la traducción de la palabra griega *Patér*. Este término compuesto fue empleado primero por el Señor Jesús en Getsemaní mientras oraba al Padre (Mr. 14:36). La combinación del título arameo con el título griego expresa un afecto muy intenso al clamar al Padre. Un clamor tan cariñoso implica una íntima relación en vida entre un hijo verdadero y el padre que lo engendró.

Cuando nosotros, los verdaderos hijos de Dios, invocamos a nuestro Padre, experimentamos una profunda, dulce, amorosa e inefable sensación en nuestro interior.

A veces cuando adoramos al Padre durante la reunión de la mesa del Señor, adoramos como hijos adoptados, sin mucho sentimiento. Si nos diéramos cuenta de que Dios es nuestro verdadero Padre, habría un cambio en nuestras reuniones de la mesa del Señor. Él es nuestro verdadero Padre y nosotros somos Sus verdaderos hijos. Es muy dulce para un padre cuando su hijo lo llama: “Papi”. Si queremos conmovier a Dios, debemos clamar: “¡Abba, Padre!” desde nuestro espíritu filial. Cuando clamamos así, habrá un testigo en nuestro espíritu.

**SER HIJOS DE DIOS ES LA RELACIÓN INICIAL O FUNDAMENTAL
QUE TENEMOS CON DIOS; NECESITAMOS CRECER
HASTA SER HIJOS MADUROS DE DIOS, Y LUEGO NECESITAMOS
CONTINUAR CRECIENDO HASTA ALCANZAR LA PLENA MADUREZ,
A FIN DE LLEGAR A SER HEREDEROS DE DIOS**

Ser hijos de Dios es la relación inicial o fundamental que tenemos con Dios; necesitamos crecer hasta ser hijos maduros de Dios, y luego necesitamos continuar creciendo hasta alcanzar la plena madurez, a fin de llegar a ser herederos de Dios (Ro. 8:14, 16-17, 23). Debemos memorizarnos esta oración. Aquí tenemos tres etapas: somos hijos de Dios mediante el nacimiento, somos hijos maduros de Dios mediante el crecimiento y somos herederos de Dios al alcanzar la madurez. Nuestra experiencia de la filiación es un asunto de nacer, crecer y madurar.

**“EL ESPÍRITU MISMO DA TESTIMONIO
JUNTAMENTE CON NUESTRO ESPÍRITU,
DE QUE SOMOS HIJOS DE DIOS”**

Romanos 8:16 dice: “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. No podemos hablar de la filiación sin hablar del Espíritu. El Espíritu y la filiación son inseparables. Romanos 8 tiene un versículo correspondiente para cada una de las tres etapas de la filiación. El versículo 16 menciona a los “hijos de Dios”; el versículo 14, “hijos [maduros] de Dios; y el versículo 17, “herederos de Dios”. El Espíritu está vinculado a cada una de estas etapas de manera significativa y de modo que podamos experimentarlas. En realidad, ésta es la estructura intrínseca de este mensaje.

En la etapa inicial de la filiación experimentamos el Espíritu que testifica. En la segunda etapa, como hijos maduros de Dios, experimentamos el Espíritu que nos guía. Si consideramos el versículo 17 en contexto, veremos que en la tercera etapa, como herederos de Dios y coherederos con Cristo, experimentamos al Espíritu intercesor. No son tres Espíritus diferentes, sino tres aspectos del mismo Espíritu. El Espíritu es las arras de la filiación que Dios nos ha dado. Efesios 1:13-14 dice: “En Él también vosotros, habiendo oído la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y en Él habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia, hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de Su gloria”. Fuimos sellados con el Espíritu, a quien hemos recibido como arras de nuestra herencia. En 2 Corintios 1:22 Pablo dice que Dios “también nos ha sellado, y nos ha dado en arras el Espíritu en nuestros corazones”. Hemos recibido el Espíritu en arras.

En Efesios 1:5 somos predestinados para la filiación, en Gálatas 4:5 recibimos la filiación y en Romanos 8:23 aguardamos con anhelo la plena filiación, habiendo recibido el espíritu filial (v. 15). En Gálatas 4:6 dice: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”. La nota 3 de ese versículo dice:

En Romanos 8:15, un versículo análogo a éste, vemos que nosotros los que hemos recibido espíritu filial clamamos en este espíritu: “Abba, Padre”; mientras que aquí el Espíritu del Hijo de Dios clama en nuestro corazón: “Abba, Padre”. Esto indica que nuestro espíritu regenerado y el Espíritu de Dios están mezclados como uno, y que nuestro

espíritu está en nuestro corazón. También indica que la filiación divina viene a ser real para nosotros por medio de nuestra experiencia subjetiva en lo profundo de nuestro ser.

El Espíritu que hemos recibido en nuestro interior es el Espíritu de filiación. Este Espíritu nos conducirá, desde el momento de nuestra regeneración en el inicio, a través de un largo proceso de transformación hasta alcanzar la tercera etapa, en la cual aguardamos la plena filiación, nuestra glorificación.

El versículo 26 dice que “el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”; de hecho, “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (v. 22). Todo el universo anhela ser liberado de la esclavitud de corrupción (v. 21) y aguarda con anhelo la manifestación de los hijos de Dios (v. 19). La creación gime aparte del Espíritu. Nosotros también gemimos, pero tenemos el Espíritu intercesor que gime dentro de nosotros. El versículo 23 dice: “No sólo esto, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, aguardando con anhelo la plena filiación, la redención de nuestro cuerpo”. Por medio de este gemir, Dios opera en nuestra vida de manera que “a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados” (v. 28) a fin de que seamos conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios (v. 29). Esto lo hace el Espíritu intercesor en la tercera etapa. El Espíritu testifica, el Espíritu guía y el Espíritu intercede. En cada etapa tenemos al Espíritu viviente, quien está mezclado con nuestro espíritu, para llevar a cabo tal filiación, esta salvación orgánica, a fin de hacernos hijos de Dios en plenitud.

**Nosotros, como creyentes de Cristo el Hijo de Dios,
nacimos de Dios el Padre, la fuente de vida,
para ser hijos de Dios
que poseen Su vida y Su naturaleza**

Nosotros, como creyentes de Cristo el Hijo de Dios, nacimos de Dios el Padre, la fuente de vida, para ser hijos de Dios que poseen Su vida y Su naturaleza (Jn. 1:12-13; 3:15; 2 P. 1:4). Quizás estas palabras nos parezcan familiares. Puede que conozcamos todas estas cosas, sin embargo, siguen siendo maravillosas. Dios verdaderamente es nuestro Padre, y la vida que hemos recibido de Él, al nacer de Él mediante la

regeneración, nos introduce, como hijos de Dios, en una relación de vida con Él.

**Lo más maravilloso de todo el universo
es que los seres humanos
puedan ser engendrados por Dios
y que los pecadores puedan ser hechos hijos de Dios**

Lo más maravilloso de todo el universo es que los seres humanos puedan ser engendrados por Dios y que los pecadores puedan ser hechos hijos de Dios (1 Jn. 2:29—3:1; Ro. 5:19; 8:16, 21, 23). Hemos sido engendrados por Dios. En 1 Juan 3:1 dice: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, y lo somos”. Primero dice que somos “llamados hijos de Dios”, y luego dice que “lo somos”. Somos hijos de Dios. ¡Cuán maravilloso! ¡Cuán misterioso que los seres humanos puedan nacer de Dios!

**El Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu
de que nosotros, quienes anteriormente éramos
hijos del diablo, ahora somos hijos de Dios**

El Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que nosotros, quienes anteriormente éramos hijos del diablo, ahora somos hijos de Dios (Jn. 8:44; 1 Jn. 3:1-2, 10; Ro. 8:16). Después de la caída, ya no éramos meramente seres humanos, sino que también hijos del diablo. Sin embargo, hoy hemos recibido misericordia. ¡Cuánta misericordia, cuánta gracia y cuánto amor el que hoy seamos hijos de Dios!

**Incluso cuando somos débiles o nos hemos degradado,
seguimos teniendo la profunda convicción
de que somos hijos de Dios,
puesto que una vez que nacemos de Dios
tenemos vida eterna y somos Sus hijos para siempre**

Incluso cuando somos débiles o nos hemos degradado, seguimos teniendo la profunda convicción de que somos hijos de Dios, puesto que una vez que nacemos de Dios tenemos vida eterna y somos Sus hijos para siempre (Jn. 1:12-13; 3:6, 15; 10:28-29). Si alguna vez dudamos de que verdaderamente somos hijos de Dios, sólo necesitamos clamar “Abba, Padre” desde lo profundo de nuestro espíritu. Si hacemos esto, tendremos el testimonio interno de que somos hijos de Dios.

***El Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu;
los dos espíritus son uno y testifican juntamente
de que somos hijos de Dios***

El Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu; los dos espíritus son uno y testifican juntamente de que somos hijos de Dios (Ro. 8:16). En Romanos 8:16 no dice que el Espíritu testifica *a* nuestro espíritu, sino que el Espíritu testifica *juntamente con* nuestro espíritu. Esto significa que hoy los dos espíritus están juntamente mezclados. Mediante la regeneración el Espíritu entró en nuestro espíritu, y trajo consigo la vida eterna y divina. Además, el Espíritu fue unido a nuestro espíritu y se hicieron un solo espíritu. En 1 Corintios 6:17 dice: “El que se une al Señor, es un solo espíritu con Él”. Puesto que nuestro espíritu es un espíritu mezclado, es ahí donde ambos espíritus pueden dar testimonio juntamente de que somos hijos de Dios. Por esto debemos volvernos de nuestra mente a nuestro espíritu. Quizás nuestra mente diga: “Tú no eres hijo de Dios”, pero nuestro espíritu dice: “Sí, tú eres hijo de Dios”. Por lo tanto, debemos confiar en nuestro espíritu y escuchar al testimonio de nuestro espíritu.

*Tal testimonio nos declara y nos asegura que somos hijos de Dios,
que poseemos Su vida*

Tal testimonio nos declara y nos asegura que somos hijos de Dios, que poseemos Su vida (1 Jn. 3:1-2).

*El Espíritu da testimonio
de la relación más básica y fundamental que tenemos con Dios,
a saber, que somos Sus hijos, no da testimonio
de que somos Sus hijos maduros ni Sus herederos;
por lo tanto, el testimonio del Espíritu comienza en el momento
de nuestro nacimiento espiritual, nuestra regeneración*

El Espíritu da testimonio de la relación más básica y fundamental que tenemos con Dios, a saber, que somos Sus hijos, no da testimonio de que somos Sus hijos maduros ni Sus herederos; por lo tanto, el testimonio del Espíritu comienza en el momento de nuestro nacimiento espiritual, nuestra regeneración (Jn 1:12-13; 3:3, 5-6; Ro. 8:16). Aunque el Espíritu testifica que somos hijos de Dios, esto no significa que nosotros clamamos: “Abba, Padre” únicamente cuando somos hijos. Aun cuando llegamos a ser hijos maduros, todavía necesitamos clamar:

“Abba, Padre”. Aunque mi padre tiene más de ochenta años y yo estoy envejeciendo, todavía lo llamo “papá”. Aunque ya soy abuelo, para mí, él siempre será mi papá. Aun cuando seamos hijos maduros de Dios, seguiremos clamando: “¡Abba, Padre!”.

Nosotros, como hijos de Dios que poseen la vida y la naturaleza de Dios, podemos vivir a Dios, ser iguales a Dios en vida, en naturaleza y en expresión, y andar como es digno de Dios; de este modo, se cumple el propósito por el cual Dios creó al hombre

Nosotros, como hijos de Dios que poseen la vida y la naturaleza de Dios, podemos vivir a Dios, ser iguales a Dios en vida, en naturaleza y en expresión, y andar como es digno de Dios; de este modo, se cumple el propósito por el cual Dios creó al hombre (Ef. 5:1-2, 8; Mt. 5:48; 1 Ts. 2:12; Gn. 1:26). Somos de la especie de Dios y, como tal, podemos participar de Su vida, naturaleza y expresión.

Uno de los aspectos de esta filiación es que poseemos las características de nuestro Padre. En los últimos años he descubierto que, aunque nunca he procurado imitar a mi padre, con todo, poseo características de mi padre. Hablo como él y me parezco a él. ¿Cómo pudo ocurrir esto? Ocurrió porque soy su hijo en vida. De la misma manera, tenemos las características genéticas de Dios nuestro Padre. Tenemos los “cromosomas” del Dios Triuno y el “ADN” divino. En nuestra vida biológica, el núcleo de nuestras células posee información genética que produce en nosotros ciertas características, pero esto es sólo una sombra. La realidad es que tenemos la simiente de Dios, el “ADN” de Dios (1 Jn. 3:9). Debido a esto no tenemos que tratar de ser iguales a Dios. Él es nuestro Padre y creceremos hasta llegar a ser iguales a Él (v. 2). Hoy en día muchos cristianos se esfuerzan todavía por ser iguales a Cristo tratando de imitarlo. Tales esfuerzos provienen de un buen corazón, pero estos creyentes no se dan cuenta de que poseen en ellos el gen divino. Si dejaran de esforzarse y sencillamente se alimentaran del Señor y crecieran según el gen divino, crecerían hasta llegar a ser semejantes a Dios.

Los hijos de Dios fueron regenerados por Dios el Espíritu para ser Dios-hombres que pertenecen a la especie de Dios, los cuales pueden ver el reino de Dios y entrar en él

Los hijos de Dios fueron regenerados por Dios el Espíritu para ser

Dios-hombres que pertenecen a la especie de Dios, los cuales pueden ver el reino de Dios y entrar en él (Jn. 3:3, 5-6). Juan 3:6 dice: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. Debemos darnos cuenta de que hemos nacido de Dios el Espíritu; por tanto, somos iguales a nuestro Padre. Esto no nos hace Dios en la Deidad o un objeto de adoración, pero este nacimiento divino nos hace Dios en vida y en naturaleza. Como hijos genuinos Suyos, somos verdaderamente la especie de Dios.

Debido a que somos hijos de Dios, Pablo nos manda a ser imitadores de Dios: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados” (Ef. 5:1). ¿Cómo podemos imitar a Dios? No lo imitamos de una manera externa, como un mono imita a un hombre. Imitamos a Dios viviendo conforme al gen divino, el cual está en Su vida dentro de nosotros. En el versículo 8 Pablo prosigue y nos manda: “Andad como hijos de luz”. Dios es luz (1 Jn. 1:5), y debido a que somos hijos de Dios, somos hijos de luz. Tenemos la capacidad de andar como hijos de luz porque somos hijos de Dios. Nunca nos olvidemos de este hecho. Si deseamos vivir la vida cristiana, la cual es la vida del Hijo de Dios, primero tenemos que tener la revelación intrínseca de lo que somos, de quién está dentro de nosotros. Si no vemos estas cosas, siempre estaremos luchando y esforzándonos por cumplir algunos aspectos de la ley y fracasaremos continuamente. Tenemos que tomar la manera de Dios, que es la manera de la vida.

*Dios tiene un beneplácito,
el cual consiste en hacernos a nosotros, Sus hijos,
iguales a Él en vida y en naturaleza,
mas no en la Deidad*

Dios tiene un beneplácito, el cual consiste en hacernos a nosotros, Sus hijos, iguales a Él en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad (Ef. 1:5, 9; 5:1-2, 8; 1 Jn. 1:5; 4:8, 16).

*Debido a que nacimos de Dios,
somos iguales a Dios
en vida y en naturaleza,
mas no en la Deidad*

Debido a que nacimos de Dios, somos iguales a Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad (Ro. 8:2, 10, 16; 2 P. 1:4).

*Como hijos de Dios, somos Dios-hombres,
pertenecemos a la especie de Dios y estamos en el reino de Dios,
el ámbito de la especie divina*

Como hijos de Dios, somos Dios-hombres, pertenecemos a la especie de Dios y estamos en el reino de Dios, el ámbito de la especie divina (Jn. 1:12-13; 3:3, 5). Nuestro segundo nacimiento nos hizo entrar en el reino de Dios para que llegásemos a ser de la especie de Dios (vs. 3, 5-6). Ahora nosotros, como hijos de Dios que poseen la vida y la naturaleza de Dios, somos Dios-hombres en el reino de Dios (vs. 3, 5; Ro. 8:16; 14:17).

Podemos ser hechos hijos de Dios en un instante. Si una persona invoca el nombre del Señor Jesús diciendo: “Oh, Señor Jesús, te recibo”, nace de Dios y es un hijo de Dios. Sin embargo, ser un hijo de Dios es sólo la etapa inicial. Debemos proseguir desde esta etapa a la etapa en que llegamos a ser hijos maduros de Dios.

**“TODOS LOS QUE SON GUIADOS POR EL ESPÍRITU DE DIOS,
ÉSTOS SON HIJOS DE DIOS”**

Romanos 8:14 dice: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. En el versículo 16 el Espíritu da testimonio, pero en el versículo 14 el Espíritu guía. El hecho de que todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios significa que ser guiados por el Espíritu que está en nosotros, es un indicio, una señal, de que estamos creciendo hasta llegar a ser hijos maduros. Si somos guiados por el Espíritu, entonces ya no somos inmaduros ni infantiles. Crecemos en vida, y una señal de nuestro crecimiento en vida es el hecho de que somos guiados por el Espíritu cada vez más. Ser guiados por el Espíritu es también la clave para crecer.

**El propósito eterno de Dios
es obtener muchos hijos maduros
que sean Su expresión corporativa;
la Nueva Jerusalén es el conjunto de la filiación divina
que expresará al Dios Triuno de manera corporativa
por la eternidad**

El propósito eterno de Dios es obtener muchos hijos maduros que sean Su expresión corporativa; la Nueva Jerusalén es el conjunto de la filiación divina que expresará al Dios Triuno de manera corporativa por la eternidad (Ef. 1:5; Ro. 8:14; Gá. 3:26; 4:7; Ap. 21:7). En

conformidad con la revelación de todo el Nuevo Testamento, la economía de Dios tiene como objetivo producir hijos maduros, al impartirse a Sí mismo, en Su Trinidad Divina, en Su pueblo escogido y redimido; la redención de Cristo nos introduce en la filiación de Dios (Ef. 1:5, 7, 10; 3:9; Ro. 8:11, 14). La economía de Dios consiste en hacernos hijos de Dios, que heredan la bendición de la promesa de Dios, la cual fue dada para el cumplimiento de Su propósito eterno de obtener hijos maduros con miras a Su expresión corporativa (He. 2:10; Ro. 8:29).

**El pensamiento central del libro de Romanos
es que Dios en Su salvación está haciendo de los pecadores
Sus hijos maduros que poseen Su vida y naturaleza,
a fin de que sean los constituyentes del Cuerpo de Cristo
para Su expresión corporativa**

El pensamiento central del libro de Romanos es que Dios en Su salvación está haciendo de los pecadores Sus hijos maduros que poseen Su vida y naturaleza, a fin de que sean los constituyentes del Cuerpo de Cristo para Su expresión corporativa (3:23; 8:14, 29; 12:4-5).

**Nosotros, los creyentes de Cristo,
somos primeramente hijos de Dios, y luego, poco a poco,
crecemos hasta ser hijos maduros de Dios**

Nosotros, los creyentes de Cristo, somos primeramente hijos de Dios, y luego, poco a poco, crecemos hasta ser hijos maduros de Dios (Gá. 3:26; 4:6). Podemos ser hijos genuinos de Dios en lo que respecta a la condición, posición, derecho y vida, y aún ser inmaduros. Si ésta es nuestra situación, entonces en la práctica, no vivimos una vida de un hijo maduro de Dios, sino que todavía vivimos la vida de un hijo inmaduro de Dios.

Nuestra necesidad de crecer demuestra aún más que el recobro del Señor debe ser un recobro de vida. El que el recobro del Señor sea un recobro de vida significa que todas las iglesias y todos los santos deben crecer en vida hasta ser hijos maduros. Debemos crecer constantemente día tras día, mes tras mes y año tras año. Ésta es la situación normal de una iglesia local. Si nuestro crecimiento en vida se ha estancado, si ya no crecemos, entonces nuestra vida de iglesia no es saludable y podemos perder la realidad de la vida de iglesia. Por lo tanto, es menester que crezcamos.

*Los hijos maduros son los hijos de Dios
que están en la etapa de la transformación de sus almas*

Los hijos maduros son los hijos de Dios que están en la etapa de la transformación de sus almas (Ro. 8:14; 12:2). Los hijos de Dios están en la etapa de la regeneración en sus espíritus; los hijos maduros de Dios están en el largo proceso de la transformación de sus almas; y los herederos de Dios, los que heredan a Dios en el momento de la glorificación, estarán en la etapa de la glorificación, la redención de sus cuerpos.

*Los hijos maduros de Dios no sólo han sido regenerados
en su espíritu y están creciendo en la vida divina,
sino que también viven y andan guiados por el Espíritu*

Los hijos maduros de Dios no sólo han sido regenerados en su espíritu y están creciendo en la vida divina, sino que también viven y andan guiados por el Espíritu (8:14). Es posible que tengamos conceptos erróneos, religiosos o naturales acerca del guiar del Espíritu; por tanto necesitamos recordar que el guiar del Espíritu no es un asunto externo, milagroso, ocasional o accidental. Más bien, el guiar del Espíritu mencionado en Romanos 8:14 es interno, espontáneo, habitual y constante. Algunos dicen: “No sé a dónde ir, con quién casarme o cómo proceder en cuanto a un asunto importante en especial, así que necesito el guiar del Señor. Oraré y obtendré el guiar del Espíritu”. No podemos decir que el Espíritu nunca nos guía en este tipo de cosas, porque el Espíritu debe guiarnos en todas las cosas. Sin embargo, esto no es lo que significa el guiar del Espíritu en este versículo. Si buscamos el guiar del Espíritu sólo cuando afrontamos decisiones de gran importancia personal, entonces esto indica que no creemos que necesitamos el guiar del Espíritu en otros asuntos. Por ejemplo, puede que conduzcamos el automóvil por nosotros mismos, totalmente separados del Espíritu, pensando: “Soy el conductor. No necesito el guiar del Espíritu para conducir mi automóvil”. Ésta no es la perspectiva adecuada. Necesitamos aprender a ser guiados por el Espíritu mientras conducimos y realizamos una miríada de cosas rutinarias en nuestra vida diaria. A menudo, invocamos al Espíritu cuando tenemos una pregunta, con la esperanza de que el Espíritu nos dé la luz verde, una luz amarilla o una luz roja, pero eso no es el guiar del Espíritu en Romanos 8. El Espíritu en nosotros nos guía constantemente aún en este mismo momento.

El guiar del Espíritu tiene mucho que ver con estar conscientes espiritualmente, es decir, con nuestro sentir de vida en nuestro interior. Los jóvenes necesitan aprender a conocer el sentir interno de vida, es decir, a estar conscientes internamente del Espíritu. Este guiar interno del Espíritu nos proporciona indicadores positivos, como el sentir de vida y paz, y también indicadores negativos, como el sentir de muerte.

Además, a veces tenemos dentro de nosotros una conciencia intuitiva de la mente de Dios. Esto no es una experiencia extraña. El guiar del Espíritu es muy real, pero necesitamos aprender a conocerlo. Es fácil para nosotros estar conscientes de las cosas externas y de las cosas que tocan nuestra alma, pero no estamos tan conscientes de lo que sucede en nuestro espíritu. Como consecuencia, a menudo perdemos la dirección del Espíritu. Muchas veces el Espíritu nos habla, nos unge y nos da un sentir particular, sin embargo, no prestamos atención al sentir del Espíritu y perdemos Su dirección. Esto sucede tan a menudo que pudiéramos no considerarlo un problema, pero esto es un problema grave. La impartición, el mover y el obrar de Dios están muy relacionados con el guiar del Espíritu. Por lo tanto, necesitamos preguntarnos: “¿Cómo obtenemos el guiar del Espíritu?”. No debemos auto-examinarnos o tratar de sentir esto o aquello, ya que esto nos conducirá a introspección. Antes bien, necesitamos aprender a discernir entre el alma y el espíritu por medio de poner nuestra mente, la parte principal del alma, en el espíritu y por medio de andar conforme al Espíritu. En Romanos se hace hincapié en poner la mente en el espíritu y andar conforme al espíritu (Ro. 8:6, 4). Por lo tanto, también debemos enfatizar estos asuntos a fin de que podamos aprender a ser guiados por el Espíritu.

Es significativo que Romanos 8:14 no dice que el Espíritu nos guía, sino que somos “guiados por el Espíritu”. Esto indica que ser guiados por el Espíritu requiere nuestra cooperación y obediencia. Debemos tomar la iniciativa al desear, pedir y estar dispuestos a ser guiados. Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu e invocamos: “Oh, Señor Jesús”, esto es una señal de que deseamos ser guiados. Vivir, hablar y hacer las cosas por nuestra propia cuenta son indicaciones de que no deseamos ser guiados. En lugar de vivir de esta manera, debemos recurrir al Señor para orar, invocar Su nombre, acallar nuestra alma y entrar en el Lugar Santísimo. Cuando oramos: “Espíritu, necesito Tu dirección. Guíame de nuevo”, nuestra meta no debe ser recibir algo para nosotros mismos u obtener una contestación a una gran decisión

personal. Nuestra búsqueda de la dirección del Espíritu debe llegar a ser parte de nuestra vida diaria. Podemos orar: “Oh, Señor Jesús. Me vuelvo a Ti, Señor, como el Espíritu. No me guíes a meramente seguir esta o aquella dirección. Sólo guíame hoy. Soy Tu hijo. Estoy aquí para vivir por Ti, y para vivir y andar por el Espíritu”. Los que son guiados por el Espíritu de esta manera, aquéllos son los hijos de Dios.

**Los hijos de Dios han recibido el espíritu filial
junto con la filiación; es decir, ellos poseen la vida,
la posición, el derecho, el privilegio
y las bendiciones propias de un hijo**

Los hijos de Dios han recibido el espíritu filial junto con la filiación; es decir, ellos poseen la vida, la posición, el derecho, el privilegio y las bendiciones propias de un hijo (v. 15; Gá. 4:5-6).

**Todos los hijos de Dios serán introducidos en la gloria;
éste es nuestro destino**

Todos los hijos de Dios serán introducidos en la gloria; éste es nuestro destino (He. 2:10; Ro. 8:21). La glorificación es la etapa de la salvación completa que Dios efectúa en la cual Él saturará totalmente nuestro cuerpo con la gloria de Su vida y naturaleza, conforme al principio de que Él regenere nuestro espíritu por medio del Espíritu (vs. 21, 23, 30). Ésta es la última etapa de la salvación completa de Dios, en la cual Dios obtiene una expresión completa, la cual se manifestará finalmente en la Nueva Jerusalén en la era venidera (Ap. 21:2, 7, 10-11).

Hoy los muchos hijos repiten de manera masiva el proceso por el cual Cristo pasó. Cristo pasó por el proceso de filiación a fin de producir un prototipo, un modelo, para la reproducción en masa. Cuando Dios llegó a ser un hombre en la carne, Él introdujo la divinidad en la humanidad. El Señor poseía divinidad, pero Él también era un hombre en la carne. Esto significa que una parte de Él, Su humanidad, aún no era divina. De modo que el proceso de Dios no se detuvo en la encarnación. Cristo también pasó por los procesos de muerte y resurrección. En resurrección este Dios-hombre humano-divino, quien introdujo la divinidad en la humanidad, elevó y enriqueció esta humanidad introduciéndola en la divinidad. Esto significa que Él introdujo esta humanidad en la filiación divina. Romanos 1:4 dice que Cristo “fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos”. Aun la humanidad de Cristo

tenía que ser hijificada mediante la resurrección por el Espíritu de santidad. Por medio de este proceso, Él fue designado el Hijo de Dios.

En la eternidad pasada y mientras Cristo estaba en la tierra por treinta y tres años y medio, Él ya era el Hijo unigénito de Dios (Jn. 1:14, 18; 3:16). Él ya era el Hijo unigénito de Dios, pero por medio de la muerte y resurrección, Él llegó a ser el Hijo primogénito de Dios. En Hechos 13:33 Dios el Padre es el que dice: “Mi Hijo eres Tú, Yo te he engendrado hoy”. *Hoy* se refiere al día de la resurrección. La nota 1, nos explica lo que significa el hecho de que Cristo fuese engendrado el día de la resurrección dice: La resurrección fue un nacimiento para el hombre Jesús. Él fue engendrado por Dios cuando resucitó y así llegó a ser el Hijo primogénito de Dios entre muchos hermanos (Ro. 8:29). Era el Hijo unigénito de Dios desde la eternidad [...] Después de la encarnación y mediante la resurrección Él fue engendrado por Dios en Su humanidad como Primogénito de Dios. El deseo de Dios es introducir la humanidad en la divinidad, esto es, introducir la humanidad en la filiación divina. Ésta es la razón por la cual Él pasó por la muerte y resurrección. Por medio de este proceso, Él fue designado Hijo de Dios y llegó a ser el Hijo primogénito de Dios con tanto divinidad como humanidad. Hoy el Hijo primogénito de Dios no es sólo divino; Él también es humano. El hombre Jesús logró entrar en la gloria; por lo tanto, Él es el Capitán de nuestra salvación, guiándonos, a los muchos hijos, a la gloria (He. 2:10).

Cristo es el prototipo procesado, y ahora todos nosotros tenemos que seguir Sus pasos para ser la reproducción en masa de Su imagen. Ya tenemos carne, así que no tenemos que vestirnos de carne, como Cristo hizo en la encarnación. Sin embargo, hoy necesitamos experimentar este proceso de muerte y resurrección, lo cual hará que lleguemos a ser hijos maduros de Dios. Además, necesitamos que el Espíritu de santidad realice una obra de santificación en nosotros. En Efesios 1 dice que fuimos escogidos para ser santos (v. 4) y predestinados para filiación (v. 5). *Ser santos* es el proceso; *para filiación* es la meta.

Así como Cristo fue designado Hijo primogénito de Dios, nosotros estamos en el proceso de ser designados los muchos hijos de Dios mediante el mismo proceso de muerte y resurrección. En esto consiste la salvación completa que Dios efectúa. Esta obra comienza en nuestro espíritu, se extiende a toda nuestra alma y finalmente impregna nuestro cuerpo (Ro. 8:10, 6, 11). Esto se asemeja al proceso en el cual una semilla de clavel pasa de ser una semilla hasta alcanzar la

plena madurez de la flor. Cuando la semilla se coloca en la tierra puede que no reconozcamos qué clase de semilla es. En la tierra muere, su cáscara se rompe y entonces surge en resurrección. Luego la vida del clavel crece hasta que finalmente florece en la plenitud de un clavel. Así como la semilla no puede identificarse de manera definida cuando se siembra en la tierra, nosotros “somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser”; con sólo mirarnos, puede que no se vea claramente lo que hemos de ser, pero “sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es” (1 Jn. 3:2). Llegará el día cuando todo el universo detendrá su gemido y los hijos de Dios serán revelados para manifestar lo que son en realidad (Ro. 8:19-22). Hoy cuando las personas nos ven, nos consideran personas ordinarias, pero si continuamos creciendo de manera normal, la hora llegará cuando seremos manifestados como los hijos glorificados de Dios. El universo espera esto y nosotros mismos gemimos dentro de nosotros aguardando con anhelo la filiación.

**“SI HIJOS, TAMBIÉN HEREDEROS; HEREDEROS DE DIOS
Y COHEREDEROS CON CRISTO”**

Romanos 8:17a dice: “Si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (cfr. Gá. 3:29; 4:7; Tit. 3:7; Ef. 1:11, 13-14, 18; 1 P. 1:3-4). Los herederos son hijos maduros quienes están calificados para recibir su herencia. Esta herencia

comprende la salvación venidera de nuestras almas (1 P. 1:5, 9), la gracia que recibiremos cuando el Señor sea manifestado (v. 13), la gloria que ha de ser revelada (5:1), la corona inmarcesible de gloria (5:4) y la gloria eterna (5:10). Todos estos aspectos de nuestra herencia eterna están relacionados con la vida divina, la cual recibimos por medio de la regeneración y experimentamos y disfrutamos en todo el transcurso de nuestra vida cristiana. (1 P. 1:4, nota 2)

**Cristo es el Heredero de todo, y nosotros, los hijos de Dios,
estamos destinados a ser coherederos con Cristo,
pues somos herederos con Él, quienes heredarán a Dios
en Su gloria como nuestra herencia**

Cristo es el Heredero de todo, y nosotros, los hijos de Dios, estamos destinados a ser coherederos con Cristo, pues somos herederos con Él, quienes heredarán a Dios en Su gloria como nuestra herencia (He. 1:2;

Ro. 8:17; Hch. 26:18). Así como Cristo es el Hijo unigénito de Dios, Cristo es también, de hecho, el único Heredero designado de Dios en el universo (He. 1:2). Nosotros, los hijos de Dios, estamos destinados a ser coherederos con Cristo. Esto significa que no somos herederos por nosotros mismos. La única manera en la que podemos ser herederos de Dios es al ser unidos a Cristo orgánicamente. Al ser unidos a Cristo en vida, somos herederos con Él a fin de heredar a Dios en Su gloria como nuestra herencia. Todos necesitamos estudiar este asunto de la herencia.

*Cristo, el Heredero designado, heredará todas las cosas
de la economía de Dios: la tierra, el reino y el trono;
todo lo que Dios es y tiene es para la posesión de Cristo*

Cristo, el Heredero designado, heredará todas las cosas de la economía de Dios: la tierra, el reino y el trono; todo lo que Dios es y tiene es para la posesión de Cristo (v. 2; Sal. 2:8; Dn. 7:13-14; Lc. 1:32; Mt. 11:27; Jn. 16:15).

*Cristo, el Hijo primogénito de Dios, es el Heredero
que Dios designó, y nosotros, los muchos hijos de Dios,
fuimos salvos para ser coherederos con Cristo*

Cristo, el Hijo primogénito de Dios, es el Heredero que Dios designó, y nosotros, los muchos hijos de Dios, fuimos salvos para ser coherederos con Cristo (Ro. 8:17). Ya que somos coherederos con Cristo, todo lo que Él herede, nosotros lo heredaremos con Él de parte de Dios. Reinar sobre la tierra y heredar el reino pertenecen a esta herencia. No obstante, a fin de ser coherederos con Cristo, tenemos que ser plenamente maduros. Sólo los herederos plenamente maduros son aptos para recibir esta herencia. Si llegamos a ser herederos plenamente maduros con Cristo, entonces heredaremos inclusive el derecho de ser co-reyes con Él y de sentarnos en Su trono. Estamos siendo adiestrados para ser reyes, pero para esto es menester que crezcamos.

**Un heredero es un hijo mayor de edad según la ley
(Pablo usó la ley romana como ejemplo)
calificado para heredar las propiedades del padre**

Un heredero es un hijo mayor de edad según la ley (Pablo usó la ley romana como ejemplo) calificado para heredar las propiedades

del padre (Gá. 4:7). A fin de ser mayor de edad, necesitamos crecer. Para crecer, necesitamos tener el deseo de crecer, el hambre de crecer. Sería una lástima si somos engendrados como hijos de Dios y cincuenta años después morimos como niños, habiendo permanecido infantes toda nuestra vida. Es lamentable que debido a la obra del diablo en la religión, ésta sea la condición de muchos hijos de Dios. Nacen como hijos y mueren de la misma condición, sin haber crecido. Que todos crezcamos.

*A fin de llegar a ser herederos de Dios
y coherederos con Cristo,
necesitamos crecer en vida hasta la madurez*

A fin de llegar a ser herederos de Dios y coherederos con Cristo, necesitamos crecer en vida hasta la madurez (v. 7; He. 5:14—6:1; 2 P. 1:5-7).

*Los herederos de Dios son los hijos de Dios
que han alcanzado la plena madurez
en cada parte de su ser y, por tanto,
como herederos legítimos, están calificados
para reclamar la herencia divina*

Los herederos de Dios son los hijos de Dios que han alcanzado la plena madurez en cada parte de su ser y, por tanto, como herederos legítimos, están calificados para reclamar la herencia divina (Ro. 8:17, 21, 23).

**Llegamos a ser herederos de Dios
por medio del Dios Triuno:
el Padre, que envió al Hijo y al Espíritu;
el Hijo, que realizó la redención para hacernos hijos;
y el Espíritu, que lleva a cabo la filiación
dentro de nosotros**

Llegamos a ser herederos de Dios por medio del Dios Triuno: el Padre, que envió al Hijo y al Espíritu; el Hijo, que realizó la redención para hacernos hijos; y el Espíritu, que lleva a cabo la filiación dentro de nosotros (Gá. 4:4-7). A fin de llevar a cabo la filiación divina, el Padre realizó dos envíos. Primero, Él envió a Su Hijo; y segundo, Él envió al Espíritu.

**La condición necesaria para ser herederos
es que crezcamos en vida para llegar a ser hijos maduros,
y luego debemos pasar por el sufrimiento para ser glorificados
y llegar a ser herederos legítimos**

La condición necesaria para ser herederos es que crezcamos en vida para llegar a ser hijos maduros, y luego debemos pasar por el sufrimiento para ser glorificados y llegar a ser herederos legítimos (Ro. 8:17). El crecimiento genuino en la vida divina exige que suframos (1 P. 2:19-21; 3:14, 18; 4:1, 12-13, 19; 5:1, 9; 2 P. 1:5-7). Cuanto más padezcamos juntamente con Cristo, más creceremos y más rápido maduraremos para ser coherederos con Cristo (Ro. 8:17).

Inmediatamente después de que Pablo habló acerca de ser herederos de Dios en Romanos 8:17, dijo en el versículo 18: “Pues tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son dignos de compararse con la gloria venidera que en nosotros ha de revelarse”. Esto muestra que el sufrimiento es necesario para que lleguemos a ser los herederos maduros de Dios. No nos gusta sufrir, pero lo necesitamos. El sufrimiento en esta era es la encarnación de la gracia; es la gracia que viene a nosotros. Por lo tanto, no debemos deprimarnos o afligirnos por el sufrimiento. El grado de nuestro sufrimiento determina el grado de nuestra gloria. Pablo sufrió mucho; por lo tanto, el grado de gloria que él tendrá será muy alto. El hermano Watchman Nee pasó veinte años sufriendo en la cárcel, así que tenemos que creer que ganó una gran cantidad de gloria. Cuanto más pasamos por sufrimientos, más la gloria se intensificará. El hermano Lee una vez dijo que el sufrimiento aumenta la gloria. Pablo también tenía esta perspectiva. Pablo en 2 Corintios 4:17 escribe: “Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”. La frase *cada vez más excelente* en este versículo significa “excesivamente, hasta el extremo”. Por lo tanto, si deseamos tener el crecimiento genuino y madurar hasta llegar a ser herederos de Dios, debemos estar dispuestos a sufrir. Sin embargo, no necesitamos orar para que vengan sufrimientos. Según Romanos 8:26, cuando no sabemos cómo orar por nuestro crecimiento en vida, el Espíritu se une a nosotros para interceder por nosotros con gemidos. Luego el versículo 27 dice que el que conoce la intención del Espíritu contestará esa oración. La manera en la que Él contesta esa oración se revela en el versículo 28: “Todas las cosas cooperan para bien, esto es, a los que

conforme a Su propósito son llamados”. En el versículo 29 vemos que Dios causa que todas las cosas cooperen para bien a fin de que seamos conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios, para que maduremos plenamente con el objetivo de ser sus coherederos.

Si tenemos esta perspectiva, no pasaremos tanto tiempo cuestionando nuestro entorno y resistiéndonos al arreglo del Señor, que incluye a todas las personas, cosas, asuntos y situaciones. Necesitamos resistir y rechazar cualquier cosa que provenga de Satanás, pero debemos decir amén al arreglo soberano de todas las cosas por parte de nuestro Padre amoroso. Nuestro Padre amoroso nos disciplina porque Él anhela ver que Sus hijos maduros, uno por uno, lleguen a ser Sus herederos y que juntos sean plenamente constituidos para ser Su Cuerpo, Su expresión en la tierra. Tenemos que decir amén al Padre por los sufrimientos y las situaciones. Estos sufrimientos y situaciones causan que maduremos. Para que un árbol de fruta crezca se necesita mucho sol. Mucho sol hace que el árbol crezca y madure de manera más rápida. El recobro del Señor no está lleno de personas que se quejan y murmuran. Antes bien, somos los que amamos a Dios y los que hemos sido llamados según Su propósito. Podemos decir amén porque sabemos lo que está ocurriendo; nos damos cuenta de que estamos madurando para llegar a ser herederos de Dios. Ésta es la meta de la filiación divina. La primera y la última etapa de nuestra filiación ocurren rápidamente, pero la etapa intermedia es un proceso que dura toda la vida. Estamos en ese proceso hoy. ¡Alabado sea el Señor por la filiación! Que el Señor crezca en todos nosotros.—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS EN ROMANOS

El Espíritu divino mezclado con nuestro espíritu humano: el secreto de la salvación orgánica que Dios efectúa y la clave de toda nuestra vida cristiana (Mensaje 10)

Lectura bíblica: Ro. 5:10, 17; 6:4; 7:6; 8:2, 4, 16

- I. El Espíritu divino de vida que mora en nuestro espíritu humano y la mezcla de estos dos como un solo espíritu, es el secreto de la salvación orgánica que Dios efectúa y la clave de toda nuestra vida cristiana a fin de que la realidad del Cuerpo de Cristo esté presente en la vida de iglesia y la Nueva Jerusalén pueda llegar a su consumación—Ro. 8:2, 4, 16; 1 Co. 6:17:
 - A. El Espíritu divino de vida es el Espíritu de Dios que fue procesado y consumado para llegar a ser el Espíritu vivificante y compuesto que mora en los creyentes como la realidad del Cristo pneumatizado y pneumatizado, como la consumación del Dios Triuno procesado y consumado, y como la realidad de la resurrección divina; es por medio de este Espíritu de vida que el eterno y único sabio Dios, según la revelación del misterio que por siglos estuvo escondido, se imparte en los creyentes en Su Trinidad procesada y consumada para ser la salvación dinámica de ellos, al ser su vida y su todo—Ro. 16:25.
 - B. El espíritu humano de los creyentes es el espíritu de los creyentes que ha sido regenerado y es habitado por el Espíritu divino de vida y que se ha mezclado con el Espíritu divino de vida como un solo espíritu; es por medio de este espíritu humano que el pueblo escogido por Dios participa de la salvación dinámica que Dios efectúa, la cual es su vivir en esta era y su destino por la eternidad.
 - C. Por lo tanto, “el Espíritu [...] con nuestro espíritu”, según se menciona en el versículo 16 de Romanos 8 (el capítulo clave del libro de Romanos en cuanto al Espíritu de vida y el espíritu